

02 | EN PORTADA

Conservadores en la intimidad.

Pese a definirse como muy progresistas, los 'millennials' se revelan más conservadores que sus padres de puertas para adentro: "El feminismo ha olvidado la igualdad más elemental, la que se da en casa"

"PENSABA QUE NO CAERÍA EN LA MISMA TRAMPA QUE MI MADRE"

Por Sara Polo

Ilustraciones de Patricia Bolinches

Cada vez que me he dicho, a lo largo de mi vida: 'Ah, eso no me pasará a mí, yo nunca seré como mi madre', lo he terminado siendo. También he fallado en mis predicciones siempre que he pensado: 'Mi marido jamás repetirá los errores de su padre, son otros tiempos, los hombres han cambiado'. Qué decepción».

La mujer que asoma por la pantalla de Zoom desde el salón de su casa en Nueva York, ataviada con una sencilla coleta y una sudadera *oversize*, cuenta que ha pasado el fin de semana fuera de casa. Aclara que ha sido por trabajo, nada de vacaciones. Se fue el jueves y volvió el domingo. Cuatro días, dos de ellos no lectivos.

La primera tarde, su móvil ya echaba humo.

«Mi marido estaba invitado a una fiesta el viernes por la noche y nuestra hija mayor, de 14 años, decidió que también quería salir, así que había que encontrar a alguien que cuidara de la pequeña, de 11», dice.

Su primer impulso fue desentenderse: no estoy, qué pena, no puedo hacer nada. Pero su inercia tenía otros planes: enseguida encontró a una amiga encantada de que la niña pasara la noche en su casa. Crisis solucionada. Solucionada por ella, claro.

Cuando volvió, el domingo, la casa estaba llena de envases de comida para llevar y la nevera, intacta.

Al entrar, el perro suplicó con la mirada que lo sacara. A su marido no le había dado tiempo.

George saludaba desde el sofá, donde se había desplomado de puro cansancio.

«No pude resistirme», reconoce.

—Es duro, ¿eh?

—Vaya, valía con un simple «gracias».

La escena anterior podría haber tenido lugar en cualquier casa, pero ocurrió en una en la que la discusión sobre la crianza paritaria ha ocupado días y noches durante años. Darcy Lockman, psicóloga clínica, publica estos días en España *Toda la rabia: madres, padres y el mito de la crianza paritaria* (Capitán Swing), un compendio de testimonios, estudios científicos y toques de autobiografía que expone a tumba abierta una realidad incómoda: no hemos avanzado tanto como parece. «Qué decepción», suspira de nuevo la autora, «supongo que cuando empiezas mal, nunca desaparece del todo».

Si ha llegado hasta aquí, querido lector, querida lectora, no desespere. No todo está perdido, lo prometemos.

Pero antes, unos datos para reflexionar.

La proporción de madres en la población activa en EEUU alcanzó su pico en 1995. Desde entonces, la división en el cuidado de los hijos se ha estancado: las mujeres asumen un 65%; los hombres, un 35%. Los últimos datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), aparecidos hace apenas 15 días, revelan que la situación a este lado del charco es exactamente la misma: durante un día laborable las mujeres dedican 6,7 horas de media a sus hijos; ellos, 3,7 horas. De nuevo, prácticamente dos tercios frente a un tercio.

La Encuesta Social General que elabora la Universidad de Chicago cada año desde 1972 revela que los *millennials*, la actual generación de padres, tienen una visión mucho más avanzada de la igualdad en el entorno laboral que en el hogar. Mientras les parece evidente que las mujeres estén al mismo nivel que ellos en la oficina, de puertas para adentro el reparto de tareas no es demasiado diferente al de los tan mentados —a menudo, para mal— *boomers*. Sus propios padres. En 1994, el 16% de los adultos jóvenes estadounidenses (de 18 a 25 años) creía que el lugar de la mujer era el hogar. En 2014, esa cifra había aumentado al 25%.

¿Qué está pasando aquí?

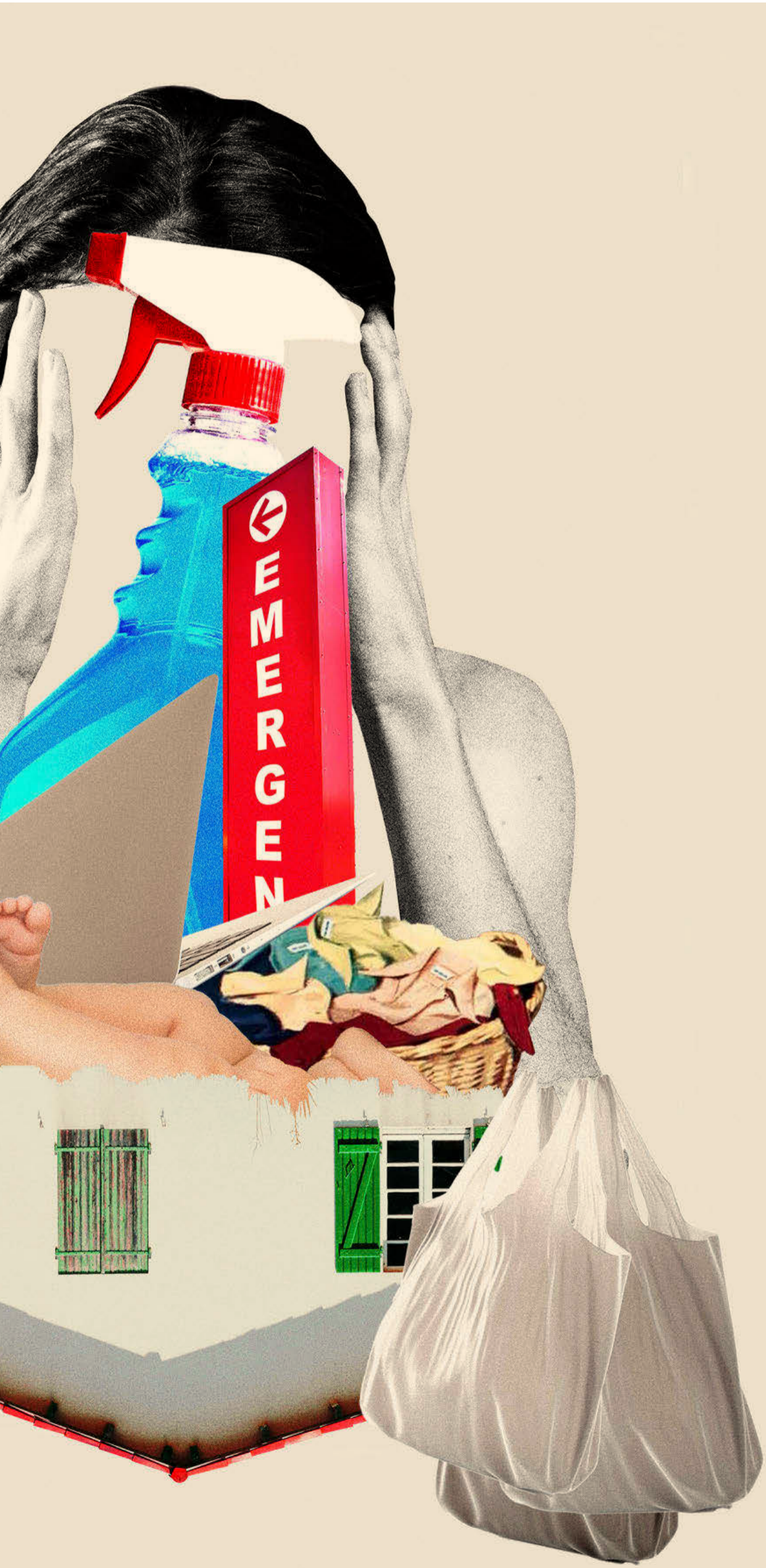
Eso fue precisamente lo que se preguntó Darcy Lockman un sábado gris de primavera en 2016, cuando se vio por enésima vez haciendo la maleta de fin de semana para las niñas mientras su marido se iba al gimnasio. «Me generaba muchísima curiosidad que la misma queja que me permitía a mí misma exteriorizar sólo de vez en cuando se repitiera en todas las mujeres de mi alrededor, todas trabajadoras con hijos pequeños, todas criadas en familias progresistas en los 90, todas universitarias y convencidas de que nunca caeríamos en la misma trampa que nuestras madres», recuerda.

El título del libro nació en el diván de su consulta: mientras sus pacientes femeninas llegaban llenas de rabia, los masculinos no entendían, sencillamente, nada de lo que sus compañeras les reclamaban. Estaban mucho más implicados en la crianza de lo que habían estado sus padres, ¿qué más querían?

«Recuerdo haber detectado el machismo en el trabajo antes de ser madre, pero en casa no me lo esperaba», asegura Lockman. En base a su investigación, el momento exacto en que todo se desequilibra lo marca la llegada del primer hijo. «De entrada, hay mucho más trabajo. Si antes te daba lo mismo ser siempre tú la que limpiabas el baño porque total, no era para tanto, ahora las tareas se multiplican», explica. Y sigue: «Por otro lado, una vez que nuestros cuerpos se han reproducido de dos maneras tan diferentes es cuando se activa de verdad nuestra conciencia de género».

Por si acaso a alguien esto de la «conciencia de género» le suena a palabrería feminista alejada del común de los mortales, Lockman se remite a una





pareja ejemplar, uno de esos equipos familiares paradigma de todas las virtudes.

Pues sí, los Obama también tienen sus miserias. En 2006, el todavía senador Barack Obama volcó sus frustraciones más íntimas en un libro manifiesto que escribió con la mira puesta en la presidencia, *La audacia de la esperanza*: «Cuando nació Sasha, mi mujer apenas podía contener su ira hacia mí. ‘Sólo piensas en tí’, me decía. ‘Nunca pensé que tendría que criar a una familia sola’. Esas acusaciones me molestaban. Me parecían injustas. Colaboraba con las niñas siempre que podía. Lo único que pedía a cambio era un poco de cariño. En lugar de eso, me vi sometido a interminables negociaciones sobre todos los detalles de la gestión de la casa, a largas listas de cosas que tenía que hacer o que había olvidado hacer y a una actitud generalmente agria».

El reparto de tareas en los hogares con hijos lleva 20 años invariable: las mujeres hacen el 65% del trabajo; los hombres, el 35% restante

“Recuerdo haber detectado machismo en el trabajo antes de ser madre, pero en casa no me lo esperaba”, reconoce la escritora Darcy Lockman

Los Obama habían descubierto los roles que su género les tenía previstos y no lo habían encajado demasiado bien.

Pero hay más. Un año después, durante su primera campaña presidencial, Michelle aprovechaba una entrevista en *Vogue* para perdonar a su marido: «Pasé mucho tiempo esperando que arreglara las cosas, pero luego me di cuenta de que estaba ahí en la medida en que podía. Si no, no significaba que no fuera un buen padre o que no le importara. Podían ayudarme mi madre o una niñera estupenda. Cuando lo acepté, mi matrimonio mejoró».

«Si eso era lo mejor que Michelle Obama podía sacar de su matrimonio, ¿qué audaz esperanza nos quedaba a los demás?», se pregunta Lockman en su ensayo.

Si sigue con nosotros, querido lector, querida lectora, no tire la toalla. De verdad que existe luz al final del túnel.

De momento, demos un salto continental y situémonos en España. Volvamos al CIS.

Si las mujeres se atribuían 6,7 horas de cuidado infantil al día y los hombres 3,7 horas, veamos qué sucede si en lugar de preguntarles por su propio desempeño les preguntan por el de sus parejas: los hombres atribuyen a las mujeres 4,52 horas diarias de media al cuidado de los niños; las mujeres valoran la contribución de los hombres en 4,31 horas. Un momento, eso sería una crianza paritaria. ¿Dónde está entonces el mito?

«Hay una construcción social del papel de la buena madre que nos va en vena por la educación que hemos recibido todas desde niñas. Y desde ese lugar desarrollamos un cierto paternalismo hacia nuestra pareja en los primeros años de maternidad que deforma nuestra manera de ver la realidad: él es siempre un padrazo, haga lo que haga», asegura Laura Baena, que por rebeldía contra el papel que la vida le deparaba fundó, en 2014, el Club de Malasmadres, una comunidad de discusión, investigación y apoyo que ha dado lugar, 10 años después, a la asociación Yo No Renuncio, que se ha reunido con las principales instituciones nacionales y regionales para impulsar políticas de conciliación, un podcast con más de tres millones de



DOS TERCIOS. Según la última encuesta de Igualdad del CIS, las madres dedican 6,7 horas a cuidar a los niños; los padres sólo 3,7

RETROCESO. En 1994, el 16% de los jóvenes de EEUU creía que el lugar de la mujer era el hogar. En 2014, esa cifra creció hasta el 25%

